



¿A dónde va la mujer venezolana?

La pregunta, querido lector, no va en tono de mero pasatiempo de acertijo, o de filosofía barata.

Aunque se nos tachara de exagerados, sépase que la pregunta tiene y va a seguir teniendo trascendencia gravísima si las cosas no cambian un poco, y hasta un mucho.

Y nos queremos referir, no tanto a la mujer crecida, y ya formada —o tal vez deformada espiritual y moralmente—; no nos referimos a la mujer venezolana que ya es dueña de sus actos, como suele decirse, y que vive recta o equivocadamente en el camino que más o menos libremente ha querido escoger.

Nuestra mirada se dirige a la generación próxima; a la de las mujeres que son todavía niñas y muchachas de hoy, a quienes espera un mañana ciertamente cimentado sobre la base educacional que hoy se les esté proporcionando.

Y ciertamente, una serie de hechos recientes, hacen concebir a toda persona que sensatamente quiera reflexionar un poco, pensamientos sombríos y necesariamente dolorosos. No se trata de críticas mojigateras. Ni de esparcidas ridículas, producto de un sentido antañón de la vida, poco compatible con lo mucho de bueno que tiene el adelanto social y familiar de la vida moderna. Somos de hoy, y pensamos con la mente de hoy, pero sin echar por la borda los inmutables principios que rigen la naturaleza humana. (El más moderno y exagerado arquitecto de nuestros días, jamás abandonará las inmutables normas del nivel y de la plomada, garantía insustituible de la seguridad de sus construcciones.)

Hemos venido observando en meses recientes un desacertado y casi procaz exceso de exhibicionismo femenino, a base de jovencitas y aun de niñas casi impúberes, que de continuarse tendrá que conducir necesariamente a consecuencias muy perjudiciales y hasta degradantes para esas futuras esposas y madres venezolanas.

Y lo más lamentable es que la iniciativa, organización y desarrollo de algunas de estas actividades exhibicionistas han partido del mismo Ministerio de Educación. Lejos de nosotros el culpar a dicho Ministerio de lo ocurrido. Sabemos de la excelente buena intención que en sus actos pone ese Despacho. Pero, infortunadamente, parece que no siempre se ha acertado en la orientación, y menos aún en los medios, para la realización de ciertas actividades, y aun para la apropiada selección de estas.

Es evidente que algún individuo, habilidosamente colocado en alguna importante oficina de ese Ministerio, ha logrado se acepten y pongan en marcha sus iniciativas. No criticamos la intención, que suponemos excelente; pero sí lo desacertado de dichas iniciativas, y más aún la manera como se han realizado.

El extenso sector femenino que cursa en los Liceos públicos de Caracas, fué sumergido durante los meses finales del presente curso en un intenso ambiente deportista. Y las competencias interliceistas fueron, entre otras en deportes tan poco femeninos como el ciclismo y la esgrima.

Las competencias de dichos deportes, practicados con vestimenta nada favorable al recato y delicadeza de niñas educadas; más la competencia de natación que siguió luego, ofrecieron amplio margen para que los fotógrafos de los diarios capitalinos llenasen luego páginas y más páginas de figuras femeninas medio desnudas, con un exhibicionismo que si es adecuado para ciertas prostítuas o actrices de cine y de cabarets, no puede jamás juzgarse respetuoso ni cónsono con la dignidad de niñas de hogares venezolanos. Y no por ser humildes son menos acreedores esos hogares a que se les respete en la persona de sus niñas; ni se le debe entusiasmar a éstas, ni halagarlas con actividades ni fotos publicitarias que echan por tierra el recato y el respeto y aprecio que esas niñas deben tenerse para consigo mismas, y ante los demás.

Nunca en Venezuela se había dado espectáculo tan bochornoso y deseducador como el atropello vulgar y grosero de la masa de hombres que irrumpió a cargar en hombros a la jovencita que cubierta con un brevísimo pantaloncito había ganado la prueba de ciclismo interliceista. Tal escena, y la profusión de fotos que de la misma se exhibieron en los periódicos, no puede tener jamás justificación en una sociedad que quiere preciarse siquiera de culta y fina con la mujer, ya que no se tomara en cuenta ningún otro valor más elevado.

Si vamos desconsiderando y degradando a nuestra mujer, desde jovencita, mediante espectáculos de esa naturaleza, estamos preparando unas futuras madres y esposas que serán la ruína del hogar venezolano. Serán campeonas, serán atletas de músculo hombruno que sabrán pedalear o parar un golpe de florete; serán descocacadas a la moderna, y libres de todo prejuicio antiguo de virtud (como les dicen), no tendrán el complejo (?) del recato y del sonrojo natural ante el exhibicionismo vulgar. Pero en cambio: de sus años de Liceo no habrán sacado ninguno de los conocimientos elementales de la vida doméstica que habrán de necesitar para que su futuro hogar sea algo más que una mera casa donde se duerme. Y menos poseerán aquella necesaria dosis de delicadeza y de modestia que hacen de la madre el modelo por excelencia de la virtud de sus hijos.

Promuévanse deportes y competencias ¡Enhorabuena!

Désele a nuestras muchachas cultura física y medios para que desarrollen disciplinadamente sus energías latentes.

Deportes sí; pero exhibicionismo nudista y vulgar, no.

Competencias en deportes apropiados a la mujer sí; pero predominio notorio de estas actividades, con evidente falla de otras mucho más importantes, no.

Estamos a tiempo para reflexionar. Para corregir errores. Para planear con acierto futuras actividades.

P. P. B.

